

Jue
18 Abr

Homilía de Jueves Santo

Año litúrgico 2018 - 2019 - (Ciclo C)

“Yo he recibido una tradición del Señor que os he transmitido”

Introducción

Todos los años celebramos esta Última Cena de Jesús con sus discípulos, siguiendo el mandato dado de mantener esta memoria. Esta celebración nos retrotrae a una tradición originaria que trasciende el siglo I y nos traslada a una experiencia fundante previa. Mantener la auténtica obediencia al mandato del memorial nos obliga a no perder de vista el fondo de la tradición.



Fr. Ángel Romo Fraile
La Virgen del Camino (León)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Éxodo 12, 1-8. 11-14

En aquellos días, dijo el Señor a Moisés y a Aarón en tierra de Egipto: «Este mes será para vosotros el principal de los meses; será para vosotros el primer mes del año. Decid a toda la asamblea de los hijos de Israel: «El diez de este mes cada uno procurará un animal para su familia, uno por casa. Si la familia es demasiado pequeña para comérselo, que se junte con el vecino más próximo a su casa, hasta completar el número de personas; y cada uno comerá su parte hasta terminarlo. Será un animal sin defecto, macho, de un año; lo escogeréis entre los corderos o los cabritos. Lo guardaréis hasta el día catorce del mes y toda la asamblea de los hijos de Israel lo matará al atardecer». Tomaréis la sangre y rociaréis las dos jambas y el dintel de la casa donde lo comáis. Esa noche comeréis la carne, asada a fuego, y comeréis panes sin fermentar y hierbas amargas. Y lo comeréis así: la cintura ceñida, las sandalias en los pies, un bastón en la mano; y os lo comeréis a toda prisa, porque es la Pascua, el Paso del Señor. Yo pasare esta noche por la tierra de Egipto y heriré a todos los primogénitos de la tierra de Egipto, desde los hombres hasta los ganados, y me tomaré justicia de todos los dioses de Egipto. Yo, el Señor. La sangre será vuestra señal en las casas donde habitáis. Cuando yo vea la sangre, pasare de largo ante vosotros, y no habrá entre vosotros plaga exterminadora, cuando yo hiera a la tierra de Egipto. Este será un día memorable para vosotros; en él celebraréis fiesta en honor del Señor. De generación en generación, como ley perpetua lo festejaréis».

Salmo

Salmo 115, 12-13. 15-16. 17-18 R/. El cáliz de la bendición es comunión de la sangre de Cristo

¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho? Alzaré la copa de la salvación, invocando el nombre del Señor. R/. Mucho le cuesta al Señor la muerte de sus fieles. Señor, yo soy tu siervo, hijo de tu esclava: rompiste mis cadenas. R/. Te ofreceré un sacrificio de alabanza, invocando el nombre del Señor. Cumpliré al Señor mis votos en presencia de todo el pueblo. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 11, 23-26

Hermanos: Yo he recibido una tradición, que procede del Señor y que a mí vez os he transmitido: que el Señor Jesús, en la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, pronunciando la Acción de Gracias, lo partió y dijo: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía». Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre; haced esto cada vez que lo bebáis, en memoria mía». Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 13, 1-15

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban cenando; ya el diablo había suscitado en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, la intención de entregarlo; y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoseles con la toalla que se había ceñido. Llegó a Simón Pedro, y este le dice: «Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?». Jesús le replicó: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde». Pedro le dice: «No me lavarás los pies jamás». Jesús le contestó: «Si no te lavo, no tienes parte conmigo». Simón Pedro le dice: «Señor, no solo los pies, sino también las manos y la cabeza». Jesús le dice: «Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios, aunque no todos». Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: «No todos estáis limpios». Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo

puso otra vez y les dijo: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis “el Maestro” y “el Señor”, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis».

Pautas para la homilía

“Yo he recibido una tradición, que procede del Señor y, que a mi vez os he transmitido”. Con estas palabras comienza la lectura de la epístola de la liturgia de hoy. En efecto, en la liturgia de hoy se trata de tradiciones, de una cadena de tradiciones.

Pablo nos da cuenta de la tradición de la Última Cena de Jesús con sus discípulos – lo que hoy celebramos -. Una cena que se convierte en un memorial del Señor, y que, a su vez, se inscribe en el contexto de la celebración de una tradición anterior, aquella que nos relata el pasaje del libro del Éxodo, a saber, la institución de la Pascua judía sobre la base de los acontecimientos que llevaron a la liberación del pueblo hebreo de la esclavitud en Egipto, concretamente, la plaga de la muerte de los primogénitos por mano del ángel exterminador, también establecida como memorial.

Tradición resuena mucho en castellano a la palabra traición, y es que, ciertamente, las tradiciones pueden tergiversarse y traicionar la realidad originaria que las dio vida, y de dónde se obtienen su sentido originario. Las tradiciones pueden perder la memoria, pero también su razón de ser cuando se descubre el carácter mítico que acompaña a muchas tradiciones.

La exégesis moderna nos indica que el acontecimiento que narra el relato del Éxodo del hoy – esa terrible plaga – corresponde más a un relato de carácter mítico que a un acontecimiento histórico científicamente comprobable. De hecho, probablemente, el pueblo hebreo no estuvo esclavo en Egipto en el modo en que se relata ni, por tanto, fue necesaria una liberación de Egipto que diera lugar al Éxodo desde Egipto a la tierra prometida. ¿Este descubrimiento no desvirtuaría la tradición celebrada por el pueblo judío como memorial y, con ella, la misma Pascua celebrada por Jesús y la lectura que desde ese contexto le atribuimos?

No cabe duda de que toda tradición es un constructo humano, originado en un momento dado y que responde a determinados motivos y situaciones de ese momento histórico. Pero, siendo esto cierto, una tradición se constituye en un momento fundante en una sociedad concreta. Máxime una tradición de tanto peso como la Pascua judía, que se convierte en un hito en la constitución de la comunidad judía en torno a una experiencia fundante. Podremos relativizar los elementos que dan forma a la tradición pero será difícil negar la experiencia que ha dado lugar a la tradición. Es esta experiencia la que da sentido al acontecimiento que se celebra y a su celebración actualizada en las generaciones venideras. Una experiencia, en este caso, de liberación que aglutina y conforma a un pueblo que se percibe liberado por la mano Dios de la dominación de los hombres. Poco importa que sea de Egipto o de un pueblo mesopotámico (realidad más probable como contexto histórico).

Ahora bien, ¿tendría sentido seguir celebrando esa experiencia de liberación en el siglo I, cuando los judíos se encuentran nuevamente dominados y oprimidos por otro imperio, esta vez el romano? ¿No sería una celebración frustrada? Quizás, por el contrario, es el contexto más auténtico para renovar, en medio de la opresión, la fe puesta en un Dios que nos liberó y nos seguirá liberando.

En este sentido, hay que tener en cuenta que las tradiciones, al igual que se crean en un contexto histórico dado, se recrean y transforman con el cambio de condiciones para seguir teniendo sentido. La experiencia de la historia – particularmente la del pueblo judío – da cuenta de que las situaciones de dominio, opresión y esclavitud de unos sobre otros son una constante en la historia y en la vida de los hombres. La tradición de la Pascua judía confirma este punto: refiere esta realidad, pero, su vez, abre a la confianza de poder superar por mano de Dios esas situaciones cuando vengan; pero, por sí, esta tradición no acaba con el problema.

Esta tradición, reformulada por Jesús, en cambio, se dirige al fondo del problema: poner fin a la esclavitud de unos sobre otros, dando la vuelta a la situación: poner fin al dominio y a la esclavitud supone el que todos y cada uno nos transformemos voluntariamente en esclavos de los otros, sirviéndonos unos a los otros.

De nuevo, una experiencia fundante, pero no de un pueblo-nación, sino de una comunidad de hermanos. Dios ha liberado al hombre no sólo del dominio, sino del deseo de dominar. Esta es nuestra verdadera tradición, que renovamos todos los años, para que no olvidemos quiénes somos y de dónde venimos: somos servidores nacidos de aquel que nos sirvió primero entregándose a sí mismo.



Fr. Ángel Romo Fraile
La Virgen del Camino (León)

Evangelio para niños

Jueves Santo - 18 de abril de 2019

Lavatorio en la Última Cena
Juan 13, 1-15

Evangelio

Antes de la fiesta de Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban cenando (ya el diablo le había metido en la cabeza a Judas Iscariote, el de Simón, que lo entregara) y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios a a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido. Llegó a Simón Pedro y éste le

dijo: - Señor, ¿lavarme los pies tú a mí? Jesús le replicó: - Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde. Pedro le dijo: - No me lavarás los pies jamás. Jesús le contestó: - Si no te lavo, no tienes nada que ver conmigo. Simón Pedro le dijo: - Señor, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza. Jesús le dijo: - Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. También vosotros estás limpios, aunque no todos. (Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo. "No todos estás limpios".) Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: - ¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis "el Maestro" y "el Señor", y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavarlos los pies unos a otros; os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis.

Explicación

Es un día estupendo para recordar con agradecimiento el gesto que Jesús realizó con sus amigos, durante la cena última que compartió con ellos. ¿Lo recordáis? Se puso una toalla a la cintura, cogió una palangana con agua y les lavó los pies uno a uno. Al terminar les comentó que lo que había hecho con ellos, debían hacerlo unos con otros, siendo siempre serviciales.